

El derecho a la causalidad psíquica

Cuando Sigmund Freud inició los desarrollos conceptuales con los que se funda el psicoanálisis como práctica y teoría, lo hizo en el marco del debate con las ideas dominantes en el saber médico de su época. Allí donde prevalecía una concepción hereditaria del padecimiento subjetivo presente en ciertos fenómenos sintomáticos (en el cuerpo, en las ideas, en los vínculos con el mundo); Freud introdujo un orden de determinación distinto. Hizo entrar una causalidad psíquica como fundamento de esos fenómenos, y localizó como columna vertebral de esa causalidad una operación a la que llamó DEFENSA. Se propuso delimitar con ese término una RESPUESTA que, aunque desconocida, insondable e inconsciente para el sujeto que la produce, le pertenece; y condiciona todo lo que, en el campo de la palabra, del cuerpo y del mundo tendrá existencia para él. Advirtió tempranamente que esa causalidad es inherente a nuestra naturaleza humana, si la entendemos, juego de palabras mediante, como una naturaleza desnaturalizada por nuestra condición de especie afectada por el lenguaje. Una forma de parásito que nos desposee de cualquier saber innato que nos permita orientarnos en el mundo, y nos confronta con el desamparo biológico de nuestra prematuración al nacer junto a la endeblez psíquica que imponen como necesario el auxilio ajeno para sobrevivir. Podemos decir que el lenguaje es nuestra morada y nuestro exilio también. Y esa dependencia, a la vez, nuestra fortuna y la base de nuestros infortunios. Por eso Freud plantea que toda psicología individual es al mismo tiempo social, porque no podemos prescindir del otro; su presencia, como modelo, objeto, auxiliar, incluso como enemigo; se impone como inevitable. Allí donde no contamos con un programa natural para arreglárnoslas con el cuerpo y con los otros, ahí, descubrió Freud, se inscribe una decisión psíquica, una defensa, a partir de la cual elaboramos algunos saberes y recursos con los que orientarnos. El descubrimiento freudiano incluyó también la invención de un dispositivo de escucha que permite anoticiarse de esa DECISIÓN y producir alguna transformación que incida sobre las formas de sufrimiento que en ocasiones esa respuesta defensiva hace surgir. Freud se esforzó en demostrar que esa decisión, si bien imposible de ser formulada bajo el

enunciado voluntario y consciente “yo *decidí así*”; puede hacerse escuchar y leer, mostrando su lógica, en el discurso de quien habla, en sus equívocos, en sus olvidos; en los sueños; también en los modos privilegiados de relacionarse con los otros y con el mundo y sus objetos.

Una escucha desespecializante¹: entre la sorpresa, la rareza y la peculiaridad

La subversión que Freud produjo impacta en muchas disciplinas y prácticas de la palabra que se ocupan de lo humano. La escucha que el psicoanálisis propone se mantiene a distancia de cualquier ejercicio de poder desde el momento en que la apuesta freudiana se dirige a hacer comparecer mediante la palabra la respuesta-defensa propia de cada uno y el tejido que alrededor de ella se organiza como historia, con sus avatares y giros. Para que esa cita pueda producirse, Freud indica claramente que debe gestarse un lugar vacante, vacío, donde esa producción venga a depositarse. Y quien se ofrece a la escucha debe estar lo más desprovisto posible de sus propios saberes especializados, de cualquier forma ideal de las buenas decisiones; abierto a la sorpresa y el hallazgo del o los elementos que permitirán situar el rasgo distintivo, la rareza y peculiaridad, afirma Freud en algunos textos; que hace a ese sujeto no comparable, impar, inclasificable. Esa posición de escucha se sostiene, para el psicoanálisis, desde la categoría de ABSTINENCIA como principio ético: el reconocimiento y respeto por lo peculiar de la respuesta de cada sujeto, y el descentramiento de la posición de escucha de cualquier forma de dominación o adoctrinamiento.

Nunca le interesó a Freud hacer una moral de las buenas y malas decisiones. Porque NO HAY el catálogo de las buenas decisiones: las que garanticen una solución armónica a los problemas que conlleva tener un cuerpo y convivir con otros. Más bien el psicoanálisis demuestra que hay un malestar irreductible en esos campos, y que cada sujeto toma posición ante ese malestar con su decisión. Sí le interesaba a Freud, y dedicó su vida a eso, dilucidar la arquitectura de esa decisión para cada uno, cuando sus consecuencias hacen la vida demasiado gravosa. Y producir algún margen de libertad que permita revisarla y, quizás, hacer un uso de ella más afín a lo vivo y al lazo social.

¹ Stevens, A., “La institución: práctica del acto”, en *L’Atelier*, N°3, Marzo 2020.

Escuchar a los autistas²

Ha sido el psicoanalista Jacques Lacan quien con su retorno a Freud y sus textos, extrajo de la elaboración freudiana categorías y redes conceptuales; las hizo prosperar a la luz de otras disciplinas (como la lingüística, el estructuralismo, la matemática, la lógica, la topología) y nos permitió avanzar en la elucidación de otras manifestaciones, otras formas de sufrimiento y de funcionamiento en los sujetos. Sus formulaciones sobre el papel determinante del lenguaje en todo lo que hace a la realidad humana se hacen oír cuando afirma que los autistas son sujetos *verbosos*³; a pesar de que en ellos *algo de la palabra se congela*⁴, podemos ofrecernos a la escucha y dejarnos enseñar por ellos y sus invenciones. Los que han logrado testimoniar⁵ sobre su vida con el autismo, insisten en volver transmisible la dificultad experimentada con angustia, incluso desesperación y terror, para producir esa juntura entre el cuerpo, las sensaciones que pasan por él y el campo dador de sentido de la palabra. A la par de otros obstáculos emergentes para avenirse a una posición que les permita ser uno entre otros, y encontrar en esa pertenencia una ganancia que el psicoanálisis califica de *libidinal*.

Dice Donna Williams: “El autismo es algo que no puedo ver. Me detiene cuando busco y trato de usar mis propias palabras. O me hace usar todas las palabras y las estupideces que no quiero decir. El autismo me hace sentir todo a la vez, sin saber lo que estoy sintiendo. O hace que no pueda sentir nada de nada. El autismo me hace oír las palabras de las otras personas pero siendo incapaz de saber qué significan las palabras. O me hace decir mis propias palabras sin saber qué estoy diciendo, incluso pensando (...) El autismo me deja sin mi propio cuerpo, de tal modo que no siento nada. El autismo también me hace ser tan consciente de lo que siento, que duele. El autismo me hace sentir a veces que no tengo yo, y me siento tan abrumada por la presencia de otra gente, que no me puedo encontrar

² Hacemos referencia con este sintagma a los desarrollos de J.C. Maleval en su libro *¡Escuchen a los autistas!*, Buenos Aires, Grama, 2012.

³ Lacan, J., “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma”, en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 1988, pp. 134-135.

⁴ Coccoz, V., “El estado “congelado” de la palabra en el autismo”, en *Logos 9*, Buenos Aires, Grama, 2016.

⁵ Donna Williams, Temple Grandin, Daniel Tammet, por mencionar algunos cuya producción es de lectura extendida.

a mí misma”.⁶

También a partir de sus testimonios aprendemos, como afirma Maleval⁷, el valor diferencial que puede tener una escucha que se desprenda de cualquier *a priori* y se vuelva dócil a sus intereses y recursos para organizar el mundo y encontrar un lugar propio y habitable en él.

Una ética de la prudencia: entre lo imposible de curar y lo imposible de educar

Retomemos lo planteado en los 2 primeros apartados a la luz de los desarrollos de Laura Kiel⁸ sobre una ética de la prudencia como orientación posible en el campo de la inclusión escolar. La propuesta de Kiel se sostiene en la abstinencia freudiana como brújula, la que no empuja a ninguna *normalidad* sino a volver disponibles, para un uso más amplio, los recursos que el sujeto ha producido como respuesta, en los que anida su peculiaridad. Esa que hace tope a los ideales de curar y de educar, en tanto no puede subsumirse en ninguna categoría universal y se muestra disidente respecto a cualquier forma pre establecida con la que se intente moldearla; pero a la vez es la que abre el campo de lo posible de tratar del sufrimiento psíquico, y de lo posible de enseñar-aprender en la escuela. Hacer lugar a la rareza peculiar que acompaña el uso (o no uso) de la palabra y del cuerpo en un niño o adolescente, es lo que nos distingue, en nuestra apuesta, de una intervención que opera por la vía del activismo, ignorando la dinámica subjetiva en juego e imponiendo un resultado a alcanzar desde un saber técnico, de especialista, que desatiende los *puntos de anclaje*⁹ que el sujeto ha logrado inventar para anudarse a la vida.

Podemos encontrar en Temple Grandin o en Daniel Tammet ese interés singular a partir del cual una ventana al mundo y a la relación con los otros se abre. Y también podemos hacer ese intento, tal como lo proponía Freud, con cada niño o niña con los que nos topamos en las aulas: hacernos destinatarios de una producción que puede ser puesta en valor a partir del

⁶ Williams, D., *Alguien en algún lugar. Diario de una victoria contra el autismo*. España, N.E.Ed, 2012, pp. 273-274.

⁷ Maleval, J.C., *op. cit.*

⁸ Kiel, L., Clase dictada en la Diplomatura de Inclusión Escolar con orientación en TES (2017) – modalidad virtual - Universidad Nacional de “Tres de Febrero”, www.untrefvirtual.edu.ar

⁹ Stevens, A., *op. cit.*, p. 17.

lazo libidinal con el deseo de un/a educador/a. Volvemos, como decía Galeano¹⁰, sensibles al color propio del fuego que anima la vida en cada sujeto.

¹⁰ Galeano, E., "Un mar de fueguitos", en *El libro de los abrazos*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2015.